

nos une con el segundo punto. Es la dignidad. Dignidad de todas las personas. Reconocimiento y valoración de cada uno y de cada una como el elemento más sagrado de este mundo. Y ya sabemos que, ante lo sagrado, lo que toca es descalzarse y permanecer en silencio. No podemos trabajar con lo relacionado con la sexualidad, en todas sus vertientes y facetas, sin la empatía y la dignidad. Sólo así entenderemos la inmensa gravedad de un ataque sexual – y entenderemos el problema real tras el caso de “la manada” y tantos otros. Sólo así valoraremos por igual – y dejarán las mujeres de cobrar menos por el mismo trabajo, y las pensadoras se estudiarán en las escuelas con el mismo interés o más que los varones. Sólo así respetaremos las vidas que hay detrás de las diferentes identidades sexuales – y Rosa será Rosa independientemente de que necesite afeitarse cada día. Sólo lo podremos hacer desde una escuela inclusiva, que supere el patriarcado tan metido en nuestro ADN cultural y social.



3. MALA COSA EL SILENCIO

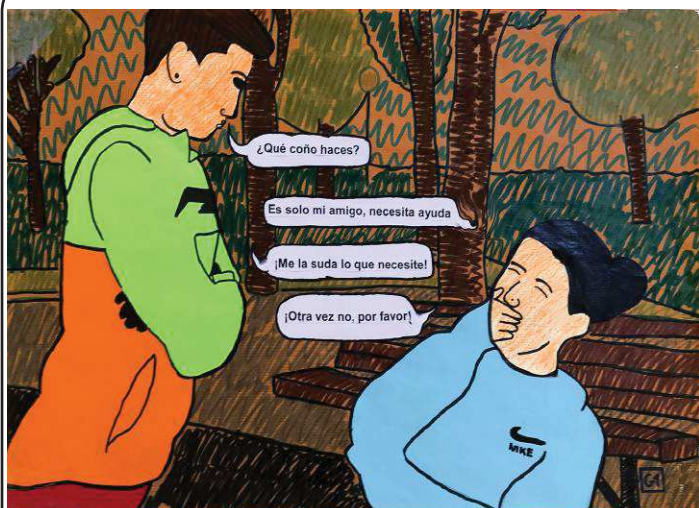
Juan S.M. (AV)

Nunca hemos sido capaces de disciplinar el sexo mediante el silencio, aunque lo intentamos. Decimos ‘tabú’ por decir algo. Por eso nos hemos dotado de un repertorio de discursos históricos, psicológicos, médicos, pedagógicos, teológicos... para aproximarnos a este fenómeno social. Vale. Pero el sexo siempre ha estado ahí, de un modo intempestivo, extraoficial, anárquico, revolucionario. Todos llevamos una *contabilidad extracontable* con la que nos manejamos en la intimidad. Para decirlo de un modo claro: yo mi primera polla erecta la vi empotrada en una cajonera de 2º ESO mientras la profesora explicaba el *past perfect*. Boom, ahí estaba, completa, a menos de un metro de distancia. Supongo que a esto se refiere la periodista **Judith Levine** en su obra *Harmful to Minors (Perjudicial para menores. Los peligros de proteger del sexo a los niños)* cuando distingue el discurso Oficial sobre el sexo, de Otro discurso extraoficial “mucho más excitante y explosivo, que viene de abajo”. Siempre he especulado con una adolescencia hiperhormonada dotada de medios y tecnología punta. Ella está aquí, pero tú ya no. ¿Lástima?

Veamos.

Vivimos en un mundo hipermediatizado. **Sherry Turkle**, del famoso *Instituto Tecnológico de Massachusetts*, explica en *La vida en la pantalla: la construcción de la identidad en la era de Internet* cómo una chica (13 años) le cuenta que prefiere iniciarse y experimentar sexualmente *online*, porque en persona sus compañeros no se muestran tan locuaces y van directos al toqueteo, mientras que en la red están obligados a expresarse. – ¿Y tú dónde? ¿cómo te informas sobre sexo?, le pregunta la presentadora a una joven de un pequeño pueblo del medio rural. “Tengo 82 canales en la tele” y 15 años. Ya no es que las diferencias entre sexo virtual y real sean confusas, es que el sexo virtual es real, es sexo en estado puro. El medio era el *masaje* ¿no? Pues eso.

Estas cosas ocurrían en 1998. Mis alumnos de 4º ESO aún no habían nacido. Ni *smartphones*, ni



youtube, ni snapchat, ni stories en instagram, ni followers ni haters. Han pasado 20 años.

Seguimos pensando que, como educadores, como padres, tenemos la responsabilidad de instruir a los niños de un modo correcto (clínico) sobre su sexualidad (reproducción, higiene y enfermedades, básicamente). ¿Es suficiente? ¿No es demasiado, quizás? A veces uno tiene la tentación de optar por un modelo de relación sexual – homologable a Europa – en que concurse un cierto compromiso por ambas partes, la edad razonable, preferiblemente heterosexual, si no con fines reproductivos, sí con un horizonte compartido de expectativas, una conversación responsable pre-coital que prepara el encuentro, sexo seguro con protección y, por qué no, unos arrumacos poscoitales. Lo acostumbrado, vaya.

Ya.

A fuerza de callar o de practicar el parloteo de la *sexualidad-bien-entendida* – esa jerga –, le vamos regalando el sexo al enemigo. Cada vez que vamos al sexo nos señalan un nicho de mercado. Solo hace falta fijarse en los verbos de la neolengua sexual: “practicar”, “consumir”, “abusar”, “forzar”, “violar”, “penetrar”, “consentir”, “ofrecer”, “anunciar”, “consensuar”, “acordar”. El sexo® es etiquetado, clasificado, enajenado y distribuido como una mercancía. Una relación sexual es una “experiencia”.

- ¿Os imagináis... – preguntaba

retóricamente a la clase, en mi ingenuidad – os imagináis que el sexo fuera sólo como en las películas porno? “¡¡Ojalá!!” dijo uno, mientras el resto sonreía con complicidad, no por la ocurrencia. Pues sí que nos tiene cogidos por el sexo el enemigo, sí.

En fin, que ayer estaba relejendo *La Mancha Humana*, cuando su heteronormativo narrador Nathan Zuckerman – alter ego de su autor, **Philip Roth** – compartió conmigo lo siguiente:

Pensé que Coleman había encontrado a alguien con quien podía hablar... y entonces pensé que yo también. En cuanto un hombre empieza a hablarte de sexo, te está diciendo algo acerca de él y de ti. En el noventa por ciento de las veces eso no sucede, y probablemente es mejor que así sea, aunque si no alcanzas cierto nivel de franqueza acerca del sexo y prefieres comportarte como si jamás pensaras en eso, la amistad masculina es incompleta. La mayoría de los hombres nunca encuentran un amigo con el que puedan sincerarse en ese aspecto. No es frecuente. Pero cuando sucede, cuando dos hombres descubren que están de acuerdo sobre esa parte esencial del ser humano, sin temor a que los juzguen, les hagan avergonzarse, los envidien o los superen, con la seguridad de que el otro no traicionará su confianza, sus vínculos humanos pueden ser muy fuertes, y de ello resulta una intimidad inesperada.

Quizás sea un buen momento para hablar de sexo en clase aunque sea para bien.

